

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN LA CUMBRE

IBEROAMERICANA

SALVADOR BAHIA, 15 de Julio de 1993.

Agradecemos al pueblo y al Gobierno de Brasil su cálida hospitalidad y la cuidadosa preparación de este encuentro en esta hermosa ciudad de Salvador de Bahía, síntesis de culturas que de algún modo refleja la diversidad de nuestros países.

Nos reunimos una vez más para seguir avanzando en el proyecto común, iniciado en Guadalajara y continuado el año pasado en Madrid. Hemos configurado un espacio de encuentro y de cooperación, plural y abierto, que enriquece nuestras experiencias nacionales y nos permite también integrarnos en un mundo complejo y de afiliaciones múltiples, a partir de una identidad común.

Somos países que compartimos tradiciones y valores y a partir de esto podemos reflexionar conjuntamente sobre el futuro y sus desafíos.

La euforia libertaria con que se inició la década ha ido cediendo paso a la incertidumbre de nuevos conflictos y turbulencias.

No obstante, nuestros pueblos tienen motivos de esperanza. La democracia se extiende y afianza en nuestras naciones, a veces con sobresaltos, pero con sólida y renovada legitimidad.

Por otra parte, en contraste con el ambiente recesivo que afecta a la economía mundial, las economías latinoamericanas han crecido vigorosamente durante los últimos años. Esto es motivo de legítimo optimismo; pero no podemos estar satisfechos, pues es sólo una cara de la medalla.

El serio esfuerzo que hacemos para desarrollar nuestras economías, se ve cada día más obstaculizado por el neo proteccionismo que aumenta en otras partes. Hemos abierto

nuestros mercados, pero el mundo desarrollado restringe los suyos. Sin equidad, el libre comercio puede transformarse en una de las tantas banderas retóricas que ha conocido la humanidad.

El mundo celebró la superación del conflicto este-oeste como una nueva esperanza para la paz y la consolidación de la democracia. La democracia supone libertad, pero también requiere equidad. Sin ambas, no puede perdurar. Y la última es fundamento o soporte indispensable para que la primera no termine sucumbiendo al abuso de los fuertes sobre los débiles.

Desde hace dos siglos buscamos conciliar la libertad y la justicia. Ha triunfado la libertad; pero si con ella no triunfa la justicia, la paz estará siempre amenazada.

Cuando más de mil millones de seres humanos padecen pobreza absoluta en el planeta -de ellos, alrededor de 200 millones en nuestra América Ibérica, casi la mitad de su población- no tenemos derecho a dormir tranquilos. De aquí la gran trascendencia del tema que nos ocupa como central de nuestro encuentro: "Una agenda para el Desarrollo, con énfasis en el Desarrollo Social". Su sola enunciación importa un consenso básico que subyace en el fondo de nuestras conciencias.

Pienso que en nuestros días la pobreza extrema es el problema que más pone en peligro la paz internacional y que constituye, dentro de cada nación, la principal fuente de inestabilidad e inseguridad. De ahí que los progresos que alcancemos en los ámbitos político y económico sólo serán sólidos y estables si implican un mejoramiento sustantivo en las condiciones y oportunidades de vida de la mayoría de nuestros ciudadanos. Existe una relación de mutua necesidad entre crecimiento económico y justicia social.

Sólo una economía sana y vigorosa permite asegurar a largo plazo condiciones de vida dignas y el acceso a la educación, salud, trabajo y vivienda de los sectores más desposeídos. Y sólo una paz social basada en la posibilidad real de las grandes mayorías de compartir los frutos del crecimiento, asegura las condiciones para un desarrollo económico sostenido y armónico. Al Estado le corresponde garantizar reglas claras y estables para la economía, así como superar las fuertes desigualdades mediante políticas sociales eficaces.

La idea de que la pobreza extrema y la marginación social constituyen fenómenos naturales que siempre existirán en nuestras sociedades, repugna a nuestra conciencia.

Debemos adoptar medidas que efectivamente permitan reducir la pobreza, aumentar el empleo y fortalecer la integración social. Nuestros esfuerzos deben concentrarse en los grupos sociales más desposeídos, presentando atención prioritaria a sectores

tradicionalmente ignorados, como la mujer, la juventud, los pueblos indígenas, la tercera edad y los trabajadores informales más pobres. Y no han de limitarse al mero asistencialismo, sino que deben explorar caminos nuevos para integrar activamente a esos sectores al proceso del desarrollo.

Los trabajos de CEPAL sobre "transformación productiva con equidad" y las experiencias que se realizan en varios de nuestros países, muestran posibilidades interesantes y esperanzadoras. Especial interés deben merecer los esfuerzos en el campo de la educación, la capacitación para el trabajo y el desarrollo tecnológico, indispensables para incrementar la productividad laboral y mejorar la calidad y el valor de los productos.

También merecen preocupación prioritaria, entre otros, los empeños para generar ahorro privado en todos los sectores de la población y para estimular proyectos de inversión en la pequeña y mediana empresa.

Superar la pobreza extrema e integrar a los sectores postergados es un desafío a la vez interno e internacional. Los hechos muestran que las naciones industriales del mundo rico no están libres de su amenaza, tanto por los bolsones de pobreza que aparecen en su seno, cuanto por la creciente interdependencia entre las naciones, que aumenta en la misma medida en que el mundo se achica por los progresos de los transportes y comunicaciones. Las corrientes inmigratorias de poblaciones pobres hacia naciones desarrolladas, junto con ser síntomas elocuente de esa interdependencia, están generando nuevas expresiones de discriminación racial o de exacerbación nacionalista que creíamos definitivamente superadas.

Estos fenómenos, como también las amenazas del SIDA y de la drogadicción, son hechos alarmantes que exigen preocupación especial a todas las naciones.

Tanto en estas materias, como en el tema acuciante del acceso de los productos latinoamericanos a los mercados europeos, España y Portugal son puentes naturales para estimular la colaboración entre los países de este continente y los del viejo mundo.

Nuestra preocupación por la dimensión social del desarrollo, gran tema de nuestro tiempo, llevó al Gobierno de Chile a proponer, en el seno de la Naciones Unidas, la realización de una Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social para discutir nuevos enfoques en la solución de los problemas socio-económicos del mundo. La acogida que encontró esta iniciativa en la Asamblea de las Naciones Unidas, a la que contribuyeron de manera tan decisiva los países que integran esta Comunidad, nos compromete aún más en esta gran causa.

Las nuevas condiciones internacionales están impulsando

avances importantes en áreas como el desarme, la solución de ciertos conflictos internacionales y la revitalización de las Naciones Unidas. Corresponde que pongamos también el acento en el desarrollo social. Las necesidades de la gente están en el corazón de nuestro quehacer y estoy cierto que ese ideal guía a nuestra comunidad de naciones.

Muchas gracias.

* * * * *

SALVADOR BAHIA, 15 de Julio de 1993.

MLS/EMS.